

APRENDER A CONOCER Y AMAR A DIOS

Pregunta: – Aquellos quienes están bendecidos con las buenas acciones y la benevolencia universal, quienes poseen características dignas de alabanza, quienes actúan con amor y buena voluntad hacia todas las criaturas, quienes se preocupan por los pobres y se esfuerzan por establecer la paz universal, ¿qué necesidad tienen de las Enseñanzas divinas de las cuales, por cierto, ellos piensen que son independientes? ¿Cuál es la condición de esa gente?

Respuesta: - *Has de saber que tales acciones, tales esfuerzos y tales palabras son dignos de alabanza y son aprobados, y que constituyen la gloria de la humanidad. Mas esas acciones por sí solas, no son suficientes; ellas son un cuerpo de gran encanto, pero carente de espíritu. No, lo que es la causa de la vida perdurable, el honor eterno, el esclarecimiento universal, la salvación y prosperidad verdaderas es, ante todo, el conocimiento de Dios. Sabido es que el conocimiento de Dios trasciende todo conocimiento y que es la mayor gloria del mundo humano. Pues en el conocimiento de la Realidad de las cosas existe el beneficio material y a consecuencia de él, la civilización progresa, pero el conocimiento de Dios es la causa del progreso y la atracción espirituales, y a través de él son obtenidos la percepción de la verdad, la exaltación de la humanidad, la civilización divina, la rectitud moral y la iluminación.*

En segundo lugar, viene el amor de Dios, cuya luz brilla en la lámpara de los corazones de quienes conocen a Dios; sus brillantes rayos iluminan el horizonte y otorgan al hombre la vida del Reino. En verdad, el fruto de la existencia humana, es el amor a Dios, por cuanto este amor es el espíritu de vida y la gracia eterna. Si el amor a Dios no existiera, los corazones de los hombres estarían muertos y privados de las sensaciones de la existencia; si el amor a Dios no existiera, la luz de la unidad no iluminaría a la humanidad; si el amor a Dios no existiera, el Este y el Oeste como dos amantes, no se abrazarían uno al otro; si el amor a Dios no existiera, la división y la desunión no se transformarían en fraternidad; si el amor a Dios no existiera, la indiferencia no tendría fin en el afecto, el extraño no se convertiría en amigo. El amor en el mundo humano ha brillado por el amor a Dios, y ha aparecido por la bondad y la gracia de Dios.

Es evidente que la realidad de la humanidad es diversa, que las opiniones varían y los sentimientos difieren; y esta diferencia de opiniones, de pensamientos, de inteligencia, de sentimientos entre las razas humanas surgen de una necesidad esencial, pues las diferencias en los grados de la existencia de

las criaturas, es una de las necesidades de la existencia, la cual se manifiesta en infinitas formas. Por lo tanto, nosotros necesitamos de un poder general con el cual seamos capaces de dominar los sentimientos, las opiniones y los pensamientos de todos, gracias al cual estas divisiones no puedan tener efectos más amplios, y todos los individuos puedan ser puestos bajo la influencia de la unidad del mundo de la humanidad. Es claro y evidente que éste, el más grande poder en el mundo humano, es el amor a Dios. Reúne a los diferentes pueblos bajo la sombra de la tienda del afecto. Confiere a las antagónicas y hostiles familias y naciones, el más grande amor y unidad.

Contestación a Unas Preguntas, p. 279

Existen cuatro clases de amor. El primero es el que fluye desde Dios hacia el hombre; consiste en inagotables Gracias, el Resplandor divino, y la Iluminación celestial. A través de este Amor recibe vida el mundo de los seres. A través de este Amor, el hombre es dotado de existencia física, hasta que, por medio del hálito del Espíritu Santo – el mismo Amor – él recibe la vida eterna y se convierte en la imagen del Dios Viviente. Este amor es el origen de todo amor en el mundo de la creación.

El segundo es el amor que fluye desde el hombre hacia Dios. Ello es fe, atracción hacia lo Divino, exaltación, progreso, admisión en el Reino de Dios, recibiendo las bondades de Dios y la iluminación de las luces del Reino. Este amor es el origen de toda filantropía; este amor es la causa de que los corazones de los hombres reflejen los rayos del Sol de la Realidad.

El tercero es el Amor de Dios hacia Sí Mismo, o la Identidad de Dios. Ello es la transfiguración de Su Belleza, el reflejo de Sí Mismo sobre el espejo de Su creación. Ésta es la Realidad del Amor, el Amor Inmemorial, el Amor Eterno. A través de un solo rayo de este Amor, existen todos los otros amores.

El cuarto es el amor del hombre por el hombre. El amor que existe entre los corazones de los creyentes, es inspirado por el ideal de la unidad de los espíritus. Este amor se alcanza a través del conocimiento de Dios; de este modo, el hombre ve reflejado el Amor Divino en su corazón. Cada uno ve en los demás la Belleza de Dios reflejada en el alma, y encontrando este punto de similitud, se sienten atraídos en amor uno a otro. Este amor hará de todos los hombres olas de un solo mar; este amor los hará estrellas de un mismo cielo y frutos de un único árbol. Este amor producirá la realización de un acuerdo verdadero y el fundamento de una auténtica unidad.

Pero el amor que alguna vez existiera entre amigos, no es (verdadero) amor, puesto que está sujeto a la transmutación; no es más que mera fascinación. Según sopla la brisa, se inclina el tierno árbol. Si sopla desde el este, el árbol se dobla hacia el oeste, y si sopla desde el oeste, el árbol se dobla hacia el este. Esta clase de amor tiene su origen en las condiciones accidentales de la vida. Esto no es amor, es simplemente atracción; él está sujeto a cambios.

Hoy veis dos almas aparentemente unidas por sincera amistad, mañana todo puede cambiar. Ayer estaban dispuestas a morir una por la otra, hoy evitan toda asociación. Esto no es amor; es la condescendencia de los corazones hacia los acontecimientos de la vida. Cuando aquello que ha sido la causa de este “amor” ha pasado, el amor también ha pasado; esto no es realmente verdadero amor.

El amor existe solamente en las cuatro formas que os he explicado: a) El amor de Dios hacia la Identidad de Dios. Cristo ha dicho que Dios es el Amor. B) El amor de Dios por Sus siervos). C) El amor del hombre hacia Dios, y d) El amor del hombre por el hombre. Estas cuatro clases de amor tienen su origen en Dios. Ellos son rayos del Sol de la Realidad; ellos son los hálitos del Espíritu Santo; ellos son los signos de la Realidad.

Sabiduría de 'Abdu'l-Bahá, p. 173

Habiendo creado el mundo y todo lo que en él vive y se mueve, Él, por intermedio de la acción directa de Su irrestricta y soberana Voluntad, escogió conferirle al hombre la singular distinción y capacidad que debe necesariamente ser considerada el impulso generador y el objetivo primordial que sostiene la creación entera... Sobre la más íntima realidad de cada cosa creada, Él ha derramado la luz de uno de Sus nombres y la he hecho un recipiente de la gloria de uno de Sus atributos. Sobre la realidad del hombre, sin embargo, Él ha concentrado el esplendor de todos Sus nombres y atributos y ha hecho a ésta un espejo de Su propio Ser. De todas las cosas creadas solo el hombre ha sido escogido para recibir tan grande favor y tan perdurable generosidad.

Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh, p. 42

¿No es sorprendente que aunque el hombre haya sido creado para el conocimiento de Dios y el amor a Dios, para las virtudes del mundo humano, para la espiritualidad, para la iluminación celestial y la vida eterna, continúe sin embargo, ignorante y negligente de todo eso? Considera cómo él busca el conocimiento de todo, menos el conocimiento de Dios. Por ejemplo, su mayor deseo es penetrar en los misterios de los más profundos estratos de la tierra. Día

tras día él lucha por conocer lo que puede ser hallado diez metros debajo de la superficie, lo que puede descubrir en el interior de la roca, lo que puede aprender por la investigación arqueológica del polvo. Emprende arduas labores para tratar de comprender los misterios terrenales, pero no se preocupa en absoluto por conocer los misterios del Reino, atravesando los ilimitados campos del Mundo eterno, estando informado de las Realidades divinas, descubriendo los Secretos de Dios, adquiriendo el Conocimiento de Dios, siendo testigo de los esplendores del Sol de la Verdad y comprendiendo las glorias de la Vida Sempiterna... Cuánto se siente atraído hacia los misterios de la materia y cuán completamente inconsciente es acerca de los misterios de la Divinidad... Es como si un bondadoso y amoroso padre hubiese provisto una biblioteca de maravillosos libros con la finalidad de que su hijo sea informado de los misterios de la creación, rodeándolo al mismo tiempo con todos los instrumentos del confort y del placer; mas el hijo se entretiene con piedrecillas y juguetes, descuidando todos los dones y provisiones de su padre...

... Debes luchar día y noche para que puedas entender los significados del Reino celestial, percibir los signos de la Divinidad, adquirir la certeza del conocimiento y comprender que este mundo tiene un Creador, un Vivificador, un Proveedor, un Arquitecto – sabiendo todo ello a través de pruebas y evidencias y no por medio de susceptibilidades – no, más bien por medio de argumentos decisivos y visión real; es decir, visualizando con tanta claridad como el ojo externo mira el sol.

Promulgación de la Paz Universal, p. 221

¡Oh tú hijo del Reino! Si se posee el amor a Dios, todo lo que se emprenda será de utilidad, pero si hay emprendimiento sin amor a Dios, entonces será perjudicial, puesto que creará un velo entre sí mismo y el Señor del Reino. Pero con el amor a Dios cualquier amargura es transformada en dulzura y cualquier dádiva se convertirá en un preciado bien. Por ejemplo, una voz musical y melodiosa imparte vida a un corazón cautivado, pero induce a la lujuria a aquellas almas que se encuentran atrapadas en la pasión y el deseo.

Con el amor a Dios todas las ciencias son aceptables y queridas, pero sin ese amor son estériles; no, más aún, el germen de locura. Cada ciencia es como un árbol; si el fruto es el amor a Dios, ese es un árbol bendito. De lo contrario, es madera seca y finalmente, alimento para el fuego.

Bahá'í World Faith, p. 366